

# Grínor Rojo

Con Verónica Zondek\*

Primero, apunto lo que resultará obvio para cualquiera y que como si eso no bastara está expresamente declarado en la página 149 de este libro, en el marco de los agradecimientos que Verónica Zondek le da allí a la fotógrafa boliviana Camila Molina, quien colaboró con ella en la completación visual de su proyecto. Cito las palabras de Zondek: “geografía andariega del terruño exterior e interior que habitamos” (149). Espacio, entonces, el representado en *El libro de los valles*, de una existencia que se mueve sin detención y sin fatiga *a fuera y adentro*, que se desplaza física y espiritualmente por los lugares del mundo y por los lugares del cuerpo, por los huecos de un pasado que algunas veces es mítico y en otras histórico, cuando no es por los de un presente que se nos muestra decaído de una manera yo diría que invariable y por los de un futuro que contiene menos una prefiguración de la plétora que una siempre desconfiada comprobación de su anhelo. Con algo más de exactitud, como observarán con seguridad los heideggerianos de oficio, los “valles” de Verónica Zondek son el “ahí” de su “ser ahí”. Un ser que por lo pronto es lo que es sólo en razón de sus carencias y con la nunca distante sospecha de su acabamiento:

Un valle es una hendidura en los labios silenciosos de la tierra.

Toda hendidura es una invitación.

[...]

Valle promesa es sí

Una quimera.

(“Púrpura y carnal” y “Progreso”, 117 y 119)

Esto es lo que está a la vista, lo que cualquiera puede leer en *El libro de los valles*. Zondek ha optado por condensar en este volumen, echando mano de una sola imagen, los varios derroteros de su diligencia por la vida. Como lo

\* Presentación pública, en el Centro Cultural de España, de *El libro de los valles*. Santiago de Chile. LOM, 2003.

hicieron otros grandes poetas antes que ella, como el Dante de la *Comedia* o como el Ts'ui Pênque imagina Borges en "El jardín de los senderos que se bifurcan", ha incurrido en el atrevimiento de acometer la escritura de un libro total, valiéndose para ello de un mecanismo alegórico de carácter espacializador, que no carece de antecedentes tradicionales (en la literatura esotérica, por ejemplo), y al que nuestra lectura descubre compuesto de múltiples, pudiera ser que infinitos, como infinitas son los caminos, niveles. Me dice que su libro es el producto de varios años de trabajo, y yo le creo. En principio, quizás podríamos retrotraer sus orígenes a la bitácora de una excursión azarosa, que ella emprendió alguna vez, con una agenda más bien módica, acaso en la línea de las *Rêveries du promeneur solitaire* de Rousseau, pero que acabó expandiéndose más allá de los parajes entonces visitados, aunque todavía queden de la memoria de aquella antigua excursión ciertos residuos en el texto. Estamos pues ante un diario de viaje que cambia, que crece y se multiplica, y el fruto de esa multiplicación es un conjunto de anotaciones sobre un algo que acabará convirtiéndose en la vida en general, hechas durante un tiempo extenso, y entre otras cosas con el fin de lograr, sobre la página y a través del apuntamiento de las rutas por ella recorridas, el perfil de un/una sujeto que sólo de esa manera se le hacía accesible, esto es, únicamente en las más o menos firmes estelas que ese/esa sujeto dejaba en su paso por la tierra.

La premisa insoslayable ahora: he aquí, en este poemario de Verónica Zondek, el mapa de una geografía que no se encuentra disponible de antemano, que en rigor *no puede encontrarse disponible con anterioridad a la confección de su mapa*. El mapa de Zondek *genera eso que muestra*, y no porque se trate de una geografía fantástica, al menos en el sentido que comúnmente le asignamos a esta palabra, ya que si hay en la literatura chilena una imaginación poética que no es fantasiosa es la de ella, sino porque se trata de una poesía verdadera que *crea* y no *refleja* el mundo que entrega. Hablo por lo tanto de otro asunto: hablo de estos "valles", de esta espacialización del objeto y de su percepción, que el poeta lleva a cabo (y si esta vez digo "el" poeta y no "la" poeta es porque tengo mis razones para hacerlo y que daré dentro de un minuto), como de la prueba que él obtiene sobre la realidad de su persona, pero no recurriendo al quehacer reflexivo, a la autoconciencia cartesiana y moderna respecto de sí, gracias al testimonio que le entrega su propio pensar, sino por medio de los resultados de su capacidad de acción o —y esto ya en el límite de sus posibilidades— por las huellas, por las grafías, por los trazos de tinta con que periódicamente irá embadurnando el papel. La escritura del poema termina siendo de este modo, en el nuevo libro de Verónica Zondek, algo así como una fase superior del actuar: no sólo relata el movimiento, no sólo da cuenta de los lugares físicos y espiri-

tuales que el sujeto que la ejecuta recorre, sino que es ella misma un sitio más y hasta pudiera ser que el único confiable. Escojo para demostrar lo que digo estos versos, entre muchos otros semejantes:

Celeste  
el ave rapiña respeta en un lejos  
la inalterable tenacidad de la letra

(“Entre piedras y huesos, la letra”, 60)

Escribí “el” poeta y no “la” poeta más arriba porque lo cierto es que las marcas genéricas están en *El libro de los valles* divididas. La persona verbal que Zondek escoge para dar forma a sus poemas es la tercera de singular y masculina, pero con ella alterna una primera femenina, transparente y propositiva, en las secciones en prosa, las que acompañan las fotos de Camila Molina. Valle longitudinal y continuo aquel otro que atraviesa los valles transversales metrificados desde el principio hasta el fin. Este doble funcionamiento del libro de Zondek, con los versos en la vertical y el texto en prosa, continuo e ilustrado, en la horizontal, abarca el acto de escritura y el concepto que lo avala, el quehacer del poeta y el *ars poetica* que se instala detrás suyo:

Ando los recovecos más insondables del cuerpo terrenal y la tierra corpórea de una ilusión pasajera. Polvo fuimos y polvo seremos. El profundo viaje del corazón, que precario deja señas para volver, para jamás olvidar, para armar una vida, para celebrar, para que lloremos incansables en un tiempo que no es retorno, ni progreso, sino presente-presente, siempre presente, en este libro que es sólo cuando abrimos una página, no importa dónde ni cómo, para encontrarnos de frente con aquel eso, que siempre deseamos.

Ni cerca ni lejos

Aquí (8)

El libro, el poema, la página misma y, todavía más, la lectura de esa página, constituyen el “aquí” de la memoria absoluta con que culmina la cita que yo acabo de copiar y que corresponde a la instancia de apertura del texto que comento. Para imponerle un diseño al proceso a través del cual se llega hasta ese punto desde el extremo en que se pone en marcha el circuito de la comunicación lingüística, la autora activa la figura del otro: la poeta es en este libro una

perseguidora, es la que camina a la zaga del caminante, la que sigue sus pasos, para “ver mis propios paisajes en sus ojos” (11). Entonces:

Vi con horror, lo peor de una ciudad y en contento la belleza de algunas gentes. Me estremecí en los bordes del acantilado, y medí con angustia lo inevitable. Vi mi propia medida en todos los zapatos que encontré en el camino y supe que no me sería posible eludir el imán poderoso del andariego (*Ibid.*).

Se explica de esta manera la tercera persona singular y masculina en los poemas propiamente tales. Como indiqué hace un momento, el sujeto de esos textos es el que es sólo en virtud de las huellas que permanecen en la hoja de papel y que son la consecuencia *a posteriori* de su caminar sobre la tierra. Las huellas, es decir los rastros que deja el otro sobre la costra del mundo, dan origen a, *son también*, metonímica y metafóricamente, las grafías que luego inscribe la memoria escritural sobre la página:

Entonces quise grabar lo recorrido en una página, al modo de la lluvia que graba la tierra (11).

Así, cuando en el primer verso de su libro, Zondek anota “avanza en el espejismo del contento” (13), lo que sus lectores tenemos que leer es que yo, la que lo sigo, la que lo identifica y percibe las circunstancias de ese otro que también soy yo, soy la que lo veo, la que lo juzgo y la que al cabo registro que él “avanza en el espejismo del contento”. El resultado es un vivir que es un deambular desaprensivo por los caminos del mundo, pero de un vivir que es seguido de un mirar, un recordar y un escribir vigilante o, puesto de otro modo, nos estamos topando aquí con una vertiente específica de la escena fundadora de la poesía moderna. Me refiero a la de un desdoblarse en el que se combinan la experiencia con la lucidez, la integridad con el control.

¿Es esta la clave de la poesía de Zondek? Yo creo que sí. Como otros excelentes poetas chilenos de nuestro tiempo, Verónica Zondek se nos aparece empuñada en echarse al camino una y otra vez, pero sólo para regresar hasta el punto de partida. Porque si algo señala el desdoblamiento que ella practica en *El libro de los valles* es la retención de un modelo poético que es contradictorio, que junta la experiencia no mediada, la entereza e incluso el éxtasis, que como hemos visto son el privilegio de la primera de las dos posiciones que aquí nos interesan, y que obviamente constituye un remanente más bien pálido del que-hacer del poeta en una edad premoderna, con la mediación conceptual y desacralizada, que es la segunda posición, la propiamente moderna. Cité más

arriba la primera frase del libro de Zondek: “Ando los recovecos más insondables del cuerpo terrenal y la tierra corpórea de una ilusión pasajera”. Vemos que el “andar” del poeta en los dos lados se muestra en el oxímoron que articula esta frase de una manera concisa: si los dos hemistiquios separados por la cópula recogen ambos el sema de movimiento y la unión intercambiable del cuerpo con la tierra, el primero lo que denota es un andar inquisitivo en tanto que el segundo es sólo el teatro de “una ilusión pasajera”. Habría que agregar a ello que en la historia de la lírica moderna esta estrategia del desdoblamiento, aunque curiosa, no es insólita. Para ofrecer nada más que un ejemplo, es la que encontramos en los famosos heterónimos de Pessoa, en Alvaro de Campos, en Alberto Caero, en Ricardo Reis y en el propio Fernando Pessoa, cuando éste asume el papel de doble de sí mismo, y que como todos sabemos son las cuatro atalayas desde las cuales el poeta portugués, convencido de que el universo requiere de más de una escritura/lectura, nos da su noticia de él.

Pero volvamos al trabajo poético de Zondek.

No faltará quien concluya, después de lo que hasta ahora llevo dicho, que en su poesía hay nada más que dos momentos: el del paseante confiado, ése que no conoce de “bifurcaciones” ni sufre ante “la falta de respuestas” (11), y el de la poeta que lo vigila, la que lo sigue (persigue), lo observa y anota su trajín, y que muy por el contrario sabe bien que a “la promesa” y a “la esperanza” se opone siempre una “conciencia sin escape” (111). Más aún: en la escritura de Verónica Zondek, esa conciencia sin escape es, en forma expresa, conciencia del tiempo, es la introducción del *fatum* del tiempo en la durabilidad engañosa del espacio y que aun en la cima de la cordillera, antes de bajar hacia el valle, “talla el roquerío y los pedruzcos hasta el polvo mismo e irremediable” (*Ibid.*). Y, por cierto, son numerosos los poemas que están hechos a partir de esta escisión. De manera especialmente sutil, podemos detectarla en “Permanencia”:

Antiguo el valle donde gira un molino.  
El recto camina su orgullo por tierra.  
Hay recuerdos cocidos al ala de un ave  
y abundan  
en medio del paso desarticulado de un reloj.  
Una mujer lava su pelo y lo seca al sol.  
Un niño juega con piedras y apuesta a ganador.  
Un ojo se detiene en el color de una montaña:  
es entero el deseo que se sostiene en el tiempo.  
El viaje es sólo una sospecha incandescente.  
Cae la añoranza sobre una ciudad mítica

donde las casas son eternas y se heredan.  
A nadie molesta la falta de caminos.

La necesidad no tiene cara de hereje. (31)

El verso final, aislado, con que Zondek pone fin a este poema, que desmiente un decir común, no destruye antipoéticamente la imagen arcádica que producen los trece versos que lo preceden, pero la desestabiliza. El rudo prosaísmo de ese verso desconstruye la sentimentalidad de los trece anteriores, y así la arcadia de la "permanencia", construida por la poeta como un sitio donde "es entero el deseo que se sostiene en el tiempo" y donde "El viaje es sólo una sospecha incandescente", puede que sea el producto de una necesidad humana esencial pero nada hay que garantice la satisfacción de la misma. Zondek admite de este modo la existencia del deseo pero sabe también sobre su esquivo cumplimiento.

Cimas y valles. En la imaginación esotérica, es sabido que las cimas son el lugar de la visión; los valles, el de la decepción o, en cualquier caso, el de la serenidad resignada. Pienso que, deliberadamente o no, hay mucho de eso en este libro de Zondek. De nuevo, hablamos aquí de una estructura con dos posiciones en principio irreconciliables:

Hay valles en el mapa  
como el suyo  
que no son de luz ni olvido  
y arrastran su ilusión hasta alguna cima  
sólo para resbalar por la cota contraria  
y volver a saborear el gusto a barro original.

("Profundo en el mapa", 15)

O bien:

En el descenso  
una gélida lágrima lo roza  
y el frío le silba duro la costilla

("Historia", 139)

Pero nos equivocaríamos si creyéramos que la visión y la decepción, el éxtasis y el desencanto son alternativas sin matices en el mundo poético de

Verónica Zondek. Es cierto que en poemas tales como "Registro de Santiago", "Canto de sirenos" y los de la secuencia "Valle de Oro" el valle de Santiago es identificado claramente como el lugar de una caída, como el *locus* de una modernidad artificial y tramposa, donde la vida, la vida auténtica, deviene "inusitada" ("Registro de Santiago", 21). Es en esos poemas donde el inconformismo de la poeta alcanza hasta el extremo de su severidad, donde su humor antiurbano se torna ácido, virulento incluso, y donde sus versos castigan sin misericordia.

Pero no puede negarse que también existen en este libro otros valles cuyo aspecto es menos odioso, como son el del Elqui y el Valle de la Luna. Dos poemas sobre el Elqui, "Tiempo" y "Retrato de Elqui", de los mejores que contiene el volumen a mi juicio, trabajados a partir de la imagen heracliteana del río, construyen cuadros de deleite (de "embeleso", escribe Zondek), transportados por el espectáculo de ese paisaje amable, sin sorpresas ni estridencias, donde el tiempo se detiene o se olvida y la muerte es un aleteo más de la naturaleza. Y si un agua que es siempre la misma atraviesa de punta a cabo los dos poemas del Elqui, en los dos del Valle de la Luna será la piedra la que se constituya en el "hogar inviolable". Mistralianos los poemas del Elqui; arguedianos estos del Valle de la Luna. Río y verdura, en los primeros; eternidad pétreo, firmeza antigua y noble, en los segundos.

Podría ofrecerles algunos ejemplos más del oficio poético de Zondek, de sus aprobaciones y rechazos, de sus preferencias y hasta de sus cóleras, pero creo que sería excesivo para los modestos propósitos de esta presentación. Me limitare por ello a dejar constancia del último párrafo dentro del texto longitudinal, el que como dije más arriba observa, juzga y anota:

Y supe que era bueno lo que la tierra ofrecía, y que oponerse a esa entrega era vano esfuerzo de orgullo y que podría descansar libre de toda cabeza sobre cualquier valle y que la acogida sería buena y que sólo entonces, el cuerpo sería descanso y que así es la alegría. Entonces agradecí tanto vagar, tanta indagación y tanto dolor, y agradecí también lo visto y lo tocado, lo deglutido y lo aborrecido y todo lo que osciló entre el deseo y el miedo. Y supe que todo era preámbulo e introducción y que el placer consistía en ese fin sin demanda y en la entrega de un cuerpo cansado a lo tibio en la tierra (147).

Después de esta cita, yo no siento que deba añadir mucho más. Como vemos, aunque el deambular de Verónica Zondek no se detiene, en este punto se ha producido una tregua. Su consecuencia ostensible es el descanso y la paz.